

Soledad voluntaria

OLIVIER REMAUD

TRADUCCIÓN DE
MARTA CABANILLAS



Título original:
Solitude volontaire

Primera edición: octubre 2022

© Editions Albin Michel, 2017

© 2022 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2022 de la traducción: Marta Cabanillas Resino

© 2010 del diseño de colección: Raúl Fernández

Diseño de cubierta: Raúl Fernández

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-06-1

Impreso en España

Depósito legal: M-16216-2022

«En casa tenía tres sillas: una para la soledad,
dos para la amistad y tres para la sociedad.»

Henry David Thoreau,
Walden; or, Life in the Woods (1854)

INTRODUCCIÓN

¿Nos puede gustar estar solos?

Desaparecer. Irse lejos o encerrarse en uno mismo. El concepto de soledad voluntaria no es nuevo. Aún hoy es una idea nutrida de relatos de huida. En su versión *hard*, sus protagonistas ensalzan la libertad absoluta. Reivindican el poder de negarse. Rechazan la historia, el conformismo, la vida sedentaria. Rompen todo vínculo para rebelarse y se van sin echar la vista atrás. En su versión *soft*, celebran la vida campestre algo apartados de la ciudad. Elogian los beneficios de la lentitud y las virtudes del recogimiento. Más bien dicen que sí, no a la sociedad, sino a ellos mismos. Toman distancia para realizarse y desarrollarse de forma plena. Desean esa soledad porque les ayuda a sobrellevar las vicisitudes de la vida.

Sin embargo, se plantea una objeción. ¿No se ignora el hecho de que uno suele estar solo a su pesar? Al solitario le gustaría conversar, pero no hay nadie. Carga con el peso de las horas en silencio. No deja de calentarse la cabeza. Tiene miedo de estar en su propia casa. A quien se aísla le cuesta creer que respira, come y duerme en una sociedad de la que «unos formamos parte de los otros».¹ * No puede escapar. Extraer alguna enseñanza de su aislamiento supone un reto. ¿La soledad voluntaria no estaría idealizando el aislarse? Para responder bien a esta

1 Norbert Elias (1982), *Über die Einsamkeit der Sterbenden in unseren Tagen*, Fráncfort: Suhrkamp Verlag [(1987), *La soledad de los moribundos*, trad. de Carlos Martín, México: Fondo de Cultura Económica]. Véase Cécile Van de Velde (2011), «La fabrique des solitudes», en Pierre Rosanvallon (ed.), *Refaire société*, París: La République des Idées/Seuil; Marie-Noëlle Schurmans (2003), *Les Solitudes*, París: PUF.

* La traducción de todas las citas del libro es nuestra. En caso de que exista una traducción de la obra al español, se indicará entre corchetes (*N. de la T.*).

cuestión, se debe plantear de otro modo: ¿qué quiere exactamente el individuo a quien la sociedad no excluye, sino que él mismo es quien se excluye de la sociedad? ¿Qué tipo de experiencia espera vivir?

La forma más habitual que adquiere el deseo de soledad es la búsqueda de intimidad. El adolescente que cierra la puerta de su cuarto para escuchar música, leer, dibujar, navegar por internet o escribir en su diario le está demostrando a su familia que es capaz de organizar el ritmo de sus actividades y autoevaluarse, sin depender de juicios ajenos. La soledad estimula su creatividad. Desarrolla su autonomía. Pero es intermitente: el adolescente no se queda en la habitación. Sale con sus amigos. A menudo considera, en lo que respecta a la soledad, que la naturaleza es el entorno apropiado para relajarse y reponer fuerzas.² Si responde a la llamada de lo lejano, le veremos más tarde, de joven, en llanuras inmensas, subiendo pendientes nevadas, en medio del desierto o en mitad del océano. La naturaleza es correlativa de la intimidad. Cuando toma la forma de una aventura, la soledad voluntaria nos lleva hacia lugares donde se tiene la sensación de formar parte de un todo.

La búsqueda de intimidad tiene su origen en una tradición espiritual, la del diálogo interior del pensamiento. Para muchos filósofos antiguos y místicos, la conversación del alma es una prueba de autosuficiencia. En soledad, tanto unos como otros no siempre persiguen el aislamiento, ese estado del individuo a quien «no socorre» la sociedad. Más bien buscan «la

2 R. Christopher Long y James R. Averill (2003), «Solitude: An Exploration of Benefits of Being Alone», en *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 33/1. En 2000, preguntaron a un grupo de estudiantes por su lugar preferido para estar solos: el 67 % describió un medio natural, entre los que se mencionó el bosque (*ibid.*).

facultad de ser autosuficientes». Si la consiguen, pueden «analizar qué actitud tenían antes con respecto a los acontecimientos y cuál ahora, qué cosas aún [les] abruman y cómo remediarlo o eliminarlas».³ Avanzan por el camino del autoconocimiento. Lejos del bullicio, el individuo aprende a saber qué cosas dependen de su voluntad. Renuncia en parte a la compañía para convertirse en dueño de sus pasiones. Los estoicos comparan el alma con una fortaleza que protege del mal procedente del exterior. El solitario, que es autosuficiente, cultiva la razón. A través de la meditación se integra en el orden del mundo. De todos los saberes, la autosuficiencia es la clave de la felicidad.

Aun así, se puede denunciar el ajeteo de la sociedad, sus excesos e intrigas y considerar que «es una gran locura querer ser sabio por sí solo».⁴ No debe sorprendernos que los moralistas del *Grand Siècle* considerasen que la soledad era una pausa indispensable en vez de una decisión irrevocable. De este modo, se impone la idea de que necesitamos tratar con los demás tanto como no hacerlo. En soledad, uno se afana en recuperar la calma mental perdida en la tormenta de las obligaciones. Luego, vuelve a perderse en el tumulto. Hoy en día, la desconexión (de la tecnología digital) es un tema de debate fundamental. El problema sigue siendo el mismo. Sabemos que la necesidad de estar desconectado no es ajena al deseo de estar conectado. No es un dualismo. Nunca lo ha sido. Queremos, al mismo tiempo, cortar y no cortar con la presencia machacona de la sociedad.

3 Epicteto (1993), *Disertaciones por Arriano*, libro III, 12, trad. de Paloma Ortiz García, Madrid: Gredos.

4 François de La Rochefoucauld (1961), *Réflexions ou sentences et maximes morales*, máxima 231, París: Garnier-Flammarion [(1984), *Reflexiones o sentencias y máximas morales*, trad. de Carlos Pujol, Barcelona: Planeta].

De manera más general, ¿podría ser que la soledad voluntaria fuera una manera de vivir en sociedad? ¿Y que ese modo de vida social también nos permitiese disfrutar plenamente de la soledad? Entre los adeptos a la soledad, hay uno que propuso la fórmula para llevar una vida «desconectada» y «conectada» a la vez: Henry David Thoreau.

El 4 de julio de 1845, Thoreau anunció que se marchaba de su pequeña ciudad natal, Concord, para irse a vivir a una cabaña. Su plan era simple: «afrentar únicamente los sucesos fundamentales de la vida, descubrir lo que esta tenía que enseñarme, para no advertir a la hora de la muerte que no había vivido». ⁵ En la narración que crea de la experiencia, señala que vuelve del bosque «casi a diario». Sabemos que sale a hacer la colada, degustar la repostería materna y cenar con sus compatriotas, con quienes habla de las últimas publicaciones. La mitología americana solo se ha quedado con la voluntad de aislarse. El escritor se ha convertido en un asceta nacional, en una especie de ermitaño legendario. Se ha incidido menos en que su soledad estaba orquestada. ⁶

Hay que tomarse en serio la farsa de Thoreau. Esta no es un fraude, sino un mecanismo de la voluntad, una dramaturgia del dar un paso al lado. Quien se mete en una cabaña se aleja de la sociedad, pero ¿corta realmente con ella? Esta pregunta será nuestro hilo conductor. Es válida para todos los ejemplos que van a tratarse. Nos ayudará a comprender por qué nos gusta tanto estar solos.

⁵ Henry David Thoreau (1854), *Walden; or, Life in the Woods*, Boston: Ticknor and Fields [(2013)], *Walden*, trad. de Marcos Nava, Madrid: Errata Naturae].

⁶ La «paradoja de [la] situación» de Thoreau es mencionada por Thierry Gillyboeuf (2012), *Henry David Thoreau. Le célibataire de la nature*, París: Fayard.

He aquí, por tanto, un libro que pretende hablar de la soledad mientras habla de la sociedad; un libro que matiza el significado del hecho de amar estar solo; un libro que interpela al viajero que hay dentro de nosotros y apela a nuestro sentido de la justicia; un libro, en definitiva, que invita a replantearse qué es la soledad voluntaria para ver en ella, antes de nada, una experiencia de libertad y un motor para la crítica.

En los capítulos siguientes no se ofrece ninguna receta para ser feliz. Tampoco se aconseja elegir entre la contemplación o la acción, la sabiduría o la política. En vez de eso, para definir el uso correcto de la soledad, nos preguntamos: ¿de qué huimos cuando viajamos? ¿Qué encontramos en la soledad? ¿Qué significa estar consigo mismo? ¿Nos basta con la sociedad? ¿Qué tipo de ciudadano es el solitario? ¿Se puede ser solidario siendo un solitario? ¿Por qué hay que creer en la naturaleza?